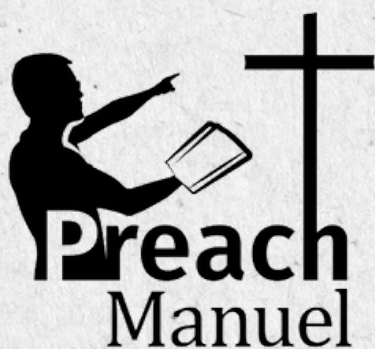




Comentario al
texto bíblico

LECCIONES
DE JOSUÉ
ACERCA DE
LA FE.

HEREDEROS DE LAS
PROMESAS, CAUTIVOS
DE LA ESPERANZA

IV TRIMESTRE - 2025

PRISIONEROS DE ESPERANZA

“Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza; hoy también os anuncio que os restauraré el doble” (Zacarías 9:12).

El capítulo nueve del libro de Zacarías contiene una de las profecías más esperanzadoras de toda la Biblia. Se trata de la promesa del Rey justo, aquel que se presentaría montado en un pollino, con un semblante humilde y cargado de mansedumbre: “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; **he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna**” (v.9).

Su reinado tiene dos características principales: **“y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra”** (v.10). Además de ser un Soberano para todas las naciones, su gobierno lleva la paz hasta lo último de la tierra; un escenario que parecería imposible viendo la realidad del mundo en el que vivimos, pero que las Escrituras dan como una certeza esperanzadora.

En este sentido, aquellos que esperan este anhelado reinado son llamados “prisioneros de esperanza”, habitan en un mundo en donde el pecado y el mal parecen no tener límite, pero se aferran de la promesa del señorío eterno de su Salvador. La buena Palabra de su Dios les sostiene en los momentos de prueba, y sus ojos están fijos en el galardón cuando el mundo los rechaza.



PRISIONEROS DE ESPERANZA

Es impresionante como esta promesa se repite reiteradas veces en la Escritura, incluyendo las palabras con las que se cierra el libro del Apocalipsis, anticipando el retorno de nuestro Señor: “*El que da testimonio de estas cosas dice: **Ciertamente vengo en breve**. Amén; sí, ven, Señor Jesús*” (Apocalipsis 22:20). Por si fuera poco, esta declaración parece encajar perfectamente con las últimas palabras del decreto de Ciro, que concluyen el segundo libro de Crónicas (el último del canon hebreo).

“*Así dice Ciro, rey de los persas: Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra; y él me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. **Quien haya entre vosotros de todo su pueblo, sea Jehová su Dios con él, y suba***” (2 Crónicas 36:23).

Tomando en cuenta el contexto, el pueblo de Judá había pasado por siete décadas de cautiverio babilónico. Sin embargo, al asumir Ciro, representante del reino de los medos y los persas, el señorío de los territorios conquistados por Babilonia, dio cumplimiento a la profecía al promover la vuelta de los judíos a Jerusalén.

Del mismo modo, actualmente el pueblo de Dios permanece cautivo en esta tierra manchada por el pecado. No obstante, llegará el momento en el que escuchen la orden: “**Quien haya entre vosotros de todo su pueblo, sea Jehová su Dios con él, y suba**” y habiten para siempre con su Señor. Esa es la bienaventurada promesa en la que persisten, son prisioneros de esperanza.



UN MUNDO QUE TESTIFICA LA ESPERANZA DE LA REDENCIÓN

“Y lo sacó Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado” (Génesis 3:23).

Las consecuencias del pecado no se hicieron esperar desde el mismo momento en el que nuestros primeros padres cometieron la transgresión. La misma creación “... fue *sujetada a vanidad*” (Romanos 8:20) y, en consecuencia, plantas y animales se degradan y mueren desde entonces.

No obstante, esta terrible realidad fungía también como recordatorio para el hombre: ***“la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”*** (v.21). Cada hoja que caía, cada pétalo que se marchitaba, causaba en Adán un profundo dolor, pero también le recordaba la esperanza que le fue anticipada al ser vestido con túnicas de pieles: La promesa de un Sustituto que volvería a traer inmutable paz e inmortalidad con su redención.

Aun así, los siglos de espera mostrarían las horrendas consecuencias de la rebelión en su máxima expresión. El asesinato de Abel cometido por su hermano Caín, sería muestra de ello: El hecho de que Dios declarara que la sangre de Abel clamaba desde la tierra, no corresponde con una visión panteísta, en la que la tierra en sí misma, tiene vida. **Dios emplea la tierra como metáfora de la necesidad de justicia y redención que tiene toda la creación.**



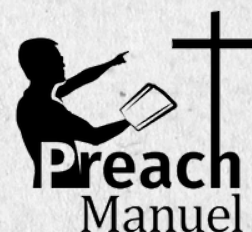
UN MUNDO QUE TESTIFICA LA ESPERANZA DE LA REDENCIÓN

Posteriormente, al multiplicarse los hombres sobre la tierra después del diluvio, las naciones deciden conformar su propio gobierno, alejado completamente de la dependencia a Dios. Y aunque Dios desharía sus planes por completo, el mismo espíritu prevaleció por generaciones. En medio de esta humanidad, Dios llama a un hombre de la misma tierra en la que inició la rebelión de Babel y le instó a salir de ella para hacerlo heredero de la promesa.

*“Pero Jehová había dicho a Abram: **Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre**, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición” (Génesis 12:1-2).*

Así como el Señor llamó a Abraham, y le ordenó salir de la tierra de los caldeos, hoy tiene un pueblo remanente al que manda salir de Babilonia. Este pueblo espera la redención en Cristo, anhelando el momento en el que puedan volver a habitar una tierra libre de la maldición del pecado, sostenida por la presencia de Dios.

Mientras peregrinan por un mundo lleno de pecado y maldad, se sostienen con la misma promesa que se anunciaba en la vestiduras de pieles que cubrieron a Adán y a Eva: un Salvador, “**el cordero de Dios que quita el pecado del mundo**” y que promete hacerlos coherederos de una tierra nueva.



EL SEÑORÍO DEL HIJO DEL HOMBRE

*“Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: **¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites?**” (Hebreos 2:5-6).*

La esperanza de un mundo venidero, según el autor de la epístola a los Hebreos, no está sujeta a los ángeles, sino a un hombre, pero no cualquier hombre: Adán perdió el señorío de la tierra al incurrir en la transgresión, pero Cristo se hizo hombre para “... *buscar y a salvar lo que se había perdido*” (Lucas 19:10).

Esto lo logró a través de su perfeccionamiento, mediante una obediencia perfecta:

*“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; **y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen**” (Hebreos 5:7-9).*

Por su obediencia, el Hijo de Dios volvió a obtener el señorío que Adán perdió por su desobediencia. Gracias a su victoria en la cruz del calvario, aquellos que le reciben como Salvador obtienen la condición de coherederos, de modo que gozarán de la tierra nueva cuando el pecado no exista más.



EL SEÑORÍO DEL HIJO DEL HOMBRE

*“Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. **Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos**” (v.8–9).*

Puede que ahora el mundo sea un completo caos, y que parezca que, en ninguna manera, sea posesión de Cristo; pero cuando los tiempos se cumplan y la regeneración de todas las cosas se lleve a cabo, seremos testigos de aquello que describió el apóstol Pablo como: *“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman”* (1 Corintios 2:9).

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!